

RECUERDOS DE UNA AVE.

Idolatraba un pájaro á una estrella;
Un día la perdió por desventura,
Y, eclipsado el fulgor, lejos de ella,
Vivió llorando entre la sombra obscura.

El ave errante, sin hallar un nido,
Cantó las penas que al que sufre espantan.
Poetas y aves que el dolor ha herido,
Cantando lloran y llorando cantan.

Y una vez lamentando su desvelo,
En medio del pesar que la consume,
Aspiró, como un plácido consuelo,
De una flor el dulcísimo perfume.

Sintiendo una emoción inmensa y pura,
Buscó á la flor para soñar con ella;
Grata halló de su esencia la dulzura,
Y vió con gran placer qué era muy bella.

La flor era tan tierna como hermosa
Y, como el ave con primor cantaba,
Sintieron que una historia deliciosa
Para los dos entonces comenzaba.

Cuando el ave y la flor se conocieron
Un extraño embeleso disfrutaron;
Poco á poco los dos se comprendieron,
¡Tanto se comprendieron que se amaron!

Hallaron en juntarse un dulce encanto
Y así vivieron en celeste calma:
¡Perfumes y gorjeos dicen tanto
Para dos que se quieren con el alma!

¿Y la estrella?—direis—¿el ave acaso
Pudo olvidar de amor tan tierna historia?
¿Aquel astro extinguióse, y de su paso
No quedó ni una pálida memoria?

¡Insondable misterio!—¿Quién lo sabe?
¿Cuándo el amor acaba y cuándo empieza?
Pero siendo feliz aquella ave
Cantaba á veces con mortal tristeza.

Acaso vislumbraba allá á lo lejos
En un éxtasis triste, indefinido,
De su cándida estrella los reflejos
Brillando entre las sombras del olvido.

En sus cantares de repente había
Una vaga inflexión arrobadora,
Aquella dolorosa melodía
Con que en las almas el recuerdo llora.

Mas la flor exhalaba sus olores
Y el ave desechaba sus tristezas,
Y, embriagados de sueños seductores,
Amábanse, diciendo mil ternezas.

¿Cuánto tiempo pasó?—Suelen hallarse
En las cosas de amor tales engaños,
Que la duda es difícil de aclararse:
Fueron días quizás, ó tal vez años.

Un día el ave, que á sentir empieza
Una vaga inquietud desconocida,
Mira llegar, llorando de tristeza,
Esas dudas que amargan nuestra vida.

Siente necesidad de alzar el vuelo,
Las alas bate con gentil audacia,
Y se lanza, atrevida, por el cielo:
¡Tan sólo aquella inmensidad la sacia!

Dejó su vida tan feliz y bella
Por marcharse á buscar extrañas lides;
Y, asombrada, de pronto vió una estrella
Que en su luz le decía: ¡no me olvides!

Era su misma estrella fulgurante
Que, dichosa otra vez, miró á su lado,
Diciéndole en sus rayos siempre amante:
¡No me olvides, yo nunca te he olvidado!

¡Cuán raras son las cosas de este mundo!
Un eterno misterio nos agita
El abismo del tiempo tan profundo
Suele volver aquello que nos quita.

Más que nunca la estrella amaba al ave,
Y el ave más que nunca la amó á ella,
¿Cómo aquello pasó?—Nadie lo sabe,
Y lo ignoran también ave y estrella.

Nada de lo pasado preguntaron,
Y su olvido fué un sueño pasajero,
Simplemente de nuevo se adoraron,
¡Nunca muere un amor que es verdadero!

¿Y aquella flor?—direis—¿el ave acaso
Pudo olvidar de amor tan tierna historia?
¿Al alzarse la estrella de su ocaso,
De la flor no quedó ni una memoria?

¡Insondable misterio!—¿Quién lo sabe?
¿Cuándo el amor acaba y cuándo empieza?
Ay!—aun siendo feliz la pobre ave
Sintió remordimientos y tristeza.

¿Su amor inagotable castigaron?
Por saber tal misterio en vano lucho:
¡A unos perdonan porque mucho amaron,
Y á otros castigan porque amaron mucho!

¿Era mala aquella ave, era inconstante,
Era falsa, tal vez, ó desalmada?
No; mas siendo tan buena y tan amante,
Era, sencillamente, desgraciada.

Lo que es para los otros un encanto
Era para la triste una tortura:
Hay seres que nacieron para el llanto
Y es inútil que busquen la ventura.

El ave, amada con pasión fogosa
Por su radiante bienhechora estrella,
No pudiendo vivir y ser dichosa,
Ya tan sólo anheló morir por ella.

Mas ¿por qué no vivir, si todos viven,
Al hallar un amor, sin pena alguna?
Hay séres que la dicha no conciben
Y no pueden creer en su fortuna.

¿Y á quién el ave amó?—¡Ya estaba escrito!
Adorar á la estrella era su suerte
Con un amor angélico, infinito;
Mas, pensando en la flor, pensó en la muerte.

Para siempre sintiéndose ya unida
Al astro que brillaba en su camino,
Hizo un esfuerzo y se quedó en la vida,
Pidiendo sus favores al destino.

La pobre estrella tanto la quería
Que hasta pudo calmar su genio inquieto,
El ave sólo para amar vivía.
¿Y pensaba en la flor?—es un secreto.

Hacia la inmensa bóveda azulada
Un día el ave se lanzó contenta,
Y, de luz y de ensueños embriagada,
No sintió que rugía la tormenta.

Y en esa augusta soledad del cielo
Olvidó al mundo tétrico y sombrío,
Sintiendo audaz, al elevar su vuelo,
La sublime locura del vacío.

Soñó mirar las celestiales galas;
Pero de pronto, con furor que aterra,
El huracán la arrebató en sus alas
Y muerta la arrojó sobre la tierra.

Aquella ave sufrió, por suerte dura,
Cuanta desdicha en la existencia cabe.
¡Cómo hay seres que nacen sin ventura!
¡Pobre flor, pobre estrella, pobre ave!

Tepic, junio 6 de 1882.

DESALIENTO.

El ángel celestial de la esperanza
Tendió las alas, se perdió en la altura,
Mirando por doquier en lontananza
La sombra de una inmensa desventura.

Hoy digo adiós á la ilusión postrera
Que con su beso acarició mi frente.
¡Todo pasó! Despierto de repente
¿A qué debe vivir el que no espera?

¡Cuánta melancolía
Causa el ver seca ya la flor tan blanca!
La vida de las flores dura un día
¡Pero más triste llanto nos arranca
Ver marchito un botón que aun no se abría!

Tepic, junio 13 de 1882.

EL ATAÚD.

¿Por qué turba la calma de la noche
Del martillo el monótono compás?
—Es que un hombre murió, y el carpintero
Está haciendo la caja funeral.

¿Un ataúd al muerto?—¡pues entonces
Ven, carpintero, y dime, por piedad,
Si hacer puedes la caja en que repose
Mi pobre corazón que ha muerto ya!

Tepic, agosto 2 de 1882.

SAFO.

A Francisco N. Ramos.

Junto al inmenso mar está sentada;
Se pierde en lo infinito su mirada.
Con su penar á solas,
No quiere ni esperanza ni consuelo;
Sólo responde á su gemir de duelo
La sublime armonía de las olas.

Para siempre perdió su augusta calma,
Al rudo golpe del dolor profundo,
Ya no puede vivir, le oprime el alma
La invencible nostalgia de otro mundo.

Abrumada de tedio y de pesares,
De la fé no conoce los consuelos,
Y su mirada inclina hacia los mares.
¿Por qué no la levanta hacia los cielos?

La Grecia portentosa,
Radiante de hermosura y poesía,
Se refleja en su mente; mas no llega
A la pobre alma ciega
La fulgurante luz que el cielo envía.

Duda, y sufre torturas ignoradas,
Y se agitan violentos

En ella los terribles pensamientos,
Como en el mar las ondas irritadas.

Sobre la roca erguida
La belleza imponente y poderosa,
Entona con su lira prodigiosa,
Como el cisne, la eterna despedida.

Cae, á impulsos del mal, rendida, inerte,
Y se pierden, al son de sus cantares,
Su cuerpo en la gran tumba de los mares,
Su alma en la sombra inmensa de la muerte.

Tepic, agosto 6 de 1882.

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

DE LAS

ESCUELAS PARROQUIALES.

¿Qué alegre multitud enternecida
A recibir el premio se adelanta?
Es la niñez, la aurora de la vida.
¡Salud al porvenir que se levanta!

Hoy brilla de los niños en las frentes
La fé radiosa de las alma puras;
No hay en ellos ni sombras ni amarguras,
Ellos tienen la luz: son inocentes.

Y la Iglesia, cual madre bondadosa,
Les da en su seno protección y abrigo,
Diciendo, como Cristo, cariñosa:
¡Dejad que la niñez venga conmigo!

Hoy un doble placer nuestra alma gusta,
Una doble grandeza nos encanta;
Que si la Iglesia es santa,
La inocencia es augusta!

* * *

Niñez pura y serena,
Hoy llamas á las puertas de la vida
De paz y de candor el alma llena,

Hoy que la sed de ciencia te devora,
 No bebas de la linfa engañadora
 Que el fondo de las almas envenena;
 Que contra los pesares no te escuda,
 Y no calma tu sed abrasadora,
 Que ni enseña al que duda
 Ni consuela al que llora.

No empañe de tu mente los fulgores
 Ese turbio raudal emponzoñado
 Reflejo del arcángel despeñado,
 Ciencia de vanidades y de errores,
 Altanera á la vez y dolorosa,
 Que está de hiel y de soberbia henchida,
 ¡Cual Luzbel orgullosa,
 Cual Luzbel maldecida!

Sin ese orgullo que, con sed impura,
 Entre sombras y lágrimas camina,
 Iluminada por la luz divina
 Deja el fango, levántate á la altura.

La Iglesia te señala aquella senda
 Que nos conduce á la verdad y al cielo,
 Y te enseña la ciencia bendecida
 Que, á la par, es la luz y es el consuelo;
 Que nos da siempre en el dolor ayuda
 Y cual sol de bondad sus rayos lanza;
 No la ciencia del odio y de la duda,
 La ciencia del amor y la esperanza!

* *

¡Para el que estudie con afán profundo,
 Para el que viva de virtudes lleno,
 Sus diademas de gloria el cielo envíe!
 ¡Cuando premian al niño porque es bueno,
 El ángel de su guarda le sonrío!

Hoy que ufano sus premios atesora,
 Cumple de los que le aman el anhelo,
 Su pobre madre de contento llora,
 Le bendice el Señor allá en el cielo,
 Le da la Iglesia bienestar seguro,
 Y, como quiere á la inocencia tanto,
 Protege á la niñez, que es lo más puro,
 En el nombre de Dios, que es lo más santo!

* *

Niños, vosotros sois alba luciente
 De tranquilos fulgores,
 Sol que despunta entre matices rojos,
 Y nosotros, crepúsculo doliente;
 Vosotros sois la luz y sois las flores
 Y nosotros la sombra y los abrojos.
 Nosotros, que gimiendo hemos mirado
 Nuestra niñez perderse en lontananza,
 Nosotros que ya somos el pasado,
 Saludamos ahora á la esperanza!

* *

Debeis llevar ¡oh niños inocentes!
 Para alcanzar las celestiales palmas,
 Besos de vuestras madres en las frentes,
 Bendiciones de Dios en vuestras almas.
 Si entra de vuestro pecho en el santuario
 El mal que inunda en llanto las mejillas,
 Invocad, prosternados de rodillas,
 A la Madre que llora en el Calvario!
 Niñez, ten fé y espera;
 Del mundo en los horribles desconsuelos

Sólo la Religión vuelve la calma,
Y disipa las sombras de nuestra alma
Con la luz fulgurante de los cielos.

Ama ardiente al Eterno con fé pura,
Que en Él tan sólo la verdad se encierra;
A tus hermanos quiere con ternura,
La envidia y el rencor de tí destierra,
Y, en éxtasis de amor, siempre murmura:
¡Gloria á Dios en la altura,
Paz al hombre en la tierra!

Tepic, agosto 17 de 1882.

LA VENTANA.

LEYENDA HISTÓRICA

EN TRES CANTOS.

CANTO I.

Siento á veces venir á la memoria,
Dulces recuerdos de la edad temprana,
Las gratas remembranzas de una historia
Unida íntimamente á una ventana.
Una alegría triste,
Pensando en esa historia el alma siente:
Bello es soñar con lo que ya no existe
Y que en nosotros vive eternamente.

No me explico por qué; pero constante
Siempre esta idea por mi mente pasa:
Lo que los ojos son en el semblante
Parecen las ventanas en la casa.
Si la suerte á una casa me conduce
En donde las ventanas no han abierto,
Tal clausura el efecto me produce
De los cerrados párpados de un muerto.